

EL RAYO ROJO

Roberto Malo

Teruel existe, pero está muy lejos. Sin embargo, eso no impide que sus calles sean visitadas por gentes de todos los lugares... E incluso por seres de otros mundos.

1

Al acabar de cenar miré el reloj del salón: eran las once de la noche. Entonces sentí un leve estremecimiento, como si intuyera de alguna manera lo que me iba a suceder. Sin embargo, en ese momento no tuve tiempo de pensar nada demasiado coherente. Me tenía que ir a toda prisa; había quedado con mi amigo Miguel para echar una partida de ajedrez y ya llegaba tarde.

—Cristina, me voy pitando —le anuncié a mi mujer.

—¿Tardarás mucho en volver? —preguntó mientras se levantaba de la mesa.

—Depende de lo que dure la partida.

—Bueno, pues suerte, Sergio —dijo sonriendo con resignación—. A ver si le ganas de una vez.

—Gracias, hombre —gruñí. Nos besamos, le di una cariñosa palmada en el trasero y salí a la calle.

Hacía una noche preciosa; la luna era una fina línea blanca curvada y el cielo un manto negro con lunares centelleantes. Eché a andar por la calle de Yagüe de Salas y me vi reflejado en un charco. Lo pisé, y la imagen desapareció. No pasaba ni un coche y caminaban muy pocas personas. La ciudad parecía el decorado vacío de una película. Y, de pronto, ocurrió algo de película, de película de terror. Al entrar en la plaza del Torico, dejé de caminar fulminantemente. Una potente luz cegadora se precipitó verticalmente sobre mí. Así es, un rayo rojo me envolvió en cuestión de milésimas de segundo, dejándome paralizado de la impresión, completamente aterrado. Pensé en un primer momento que el rayo me habría desintegrado, pero no. Seguía igual. Del susto me había quedado momentáneamente sin respiración, pero estaba vivo. Sin comprender, palpé los bordes que me encerraban. No los podía atravesar; estaba como dentro de un tubo rojo de material desconocido. Y al instante, el envolvente rayo me levantó de golpe y ascendí a una velocidad vertiginosa, metros y metros y más metros, como si me encontrara en un

ascensor infinito. Los bordes del tubo eran rojos y totalmente opacos; no podía ver nada. Y casi sin darme ni cuenta, me alejaba de la Tierra aceleradamente.

Todo ocurrió muy deprisa. No pude reaccionar de ningún modo. Antes de que pudiera gritar, llorar o maldecir, se frenó mi subida de forma súbita. Se abrió el tubo rojo y salí instintivamente. El exterior era una extraña sala circular, fría y plateada, en la que había cuatro humanoides azules de unos tres metros de altura.

Me desmayé.

2

Cuando desperté, algo mareado, estaba tumbado en una especie de cama lisa y dura, bastante larga. No me podía mover. Seguramente, los humanoides me habrían inyectado algo. Ahora, dos de ellos manipulaban en mi cuerpo. Tal vez, estaban experimentando conmigo. Me sentía como un conejillo de indias. Ellos estaban desnudos y, de no ser por ser totalmente azules (hasta su pelo era azul) y medir unos tres metros, hubiera pensado que eran humanos.

No podía girar mi cabeza, y solo veía una porción de la habitación en la que me hallaba. Era toda plateada. Pero no era la habitación en la que me había desmayado. No sabía muy bien cómo, pero no era la misma. Algo me lo decía.

Y también algo me decía que estaba en el interior de una nave espacial. Bueno, eso lo hubiera adivinado hasta un chaval de cinco años. Aunque yo hubiera preferido que los extraterrestres azules hubieran secuestrado a un chaval de cinco años. No me merecía yo tal honor. ¿Qué había hecho yo para que me pasara algo así? ¿Por qué a mí?

Ajeno a mis pensamientos, uno de los humanoides tocaba mi pecho con un extraño instrumento. Al momento, el otro me quitó los zapatos. Luego, los calcetines, los pantalones, todo. Me quedé desnudo. Como ellos. Y ellos siguieron observando mi cuerpo. ¿Qué iban a hacer conmigo?

Poco a poco, empecé a recobrar la movilidad. Los humanoides se dieron cuenta y salieron de la habitación en silencio, llevándose mi ropa.

Conseguí mover el cuello y los dedos de los pies y de las manos. Era una sensación agradable. Sentía un singular cosquilleo en mis articulaciones. Al rato, me movía ya perfectamente. Salté de la cama y anduve por la habitación, cuya planta era un círculo de color metálico. Palpé la gran puerta rectangular, lisa como las paredes que la encuadraban, y me di cuenta de que no podía salir de ninguna manera. Estaba cerrada herméticamente. Bueno, eso ya me lo imaginaba. Me resigné, me tumbé en la cama e intenté descansar. Era lo único que podía hacer. Descansar y pensar.

3

Cuando estaba medio dormido, la puerta se abrió.

Entró una humanoide femenina. Iba completamente desnuda, como ellos. No era tan alta como los varones; solo mediría dos metros y medio. No sabría decir si era guapa o fea, ya que mi vista se perdía en sus senos.

Para indicar el tamaño de sus pechos solamente tengo que decir que, a pesar de medir dos metros y medio, estaba bien proporcionada y ni mucho menos delgada.

Se acercó. Yo estaba aterrado. ¿Qué haría conmigo?

Delicadamente, se tumbó encima de mí. Yo me podía perder entre su cuerpo. Me cogió el aparato, lo acarició diestramente y lo metió dentro de sí. No pude negarme, ni decir nada. Era demasiado para mí. Al momento, comenzó a mover todo su enorme cuerpo de una manera salvaje, animal. Cerré los ojos e intenté imaginar que hacía el amor con una humana.

4

La extraterrestre azul me dejó destrozado. Salió de la habitación esbozando una sonrisa y volví a quedarme solo.

Estaba muy cansado y me dormí.

5

Cuando desperté, tres humanoides varones me contemplaban. No sabía el tiempo que había estado dormido, pero me parecía mucho. Me entregaron mi ropa y me la empecé a poner. Me observaban atentamente, como si fuera un bicho raro. Por mi parte, yo les miraba con recelo. ¿Qué querían de mí? ¿Por qué me habían cogido? Y si querían experimentar y conocer a la raza humana, ¿también querían conocer su comportamiento sexual?

Me acabé de vestir. Entonces me acerqué un poco a ellos.

—¿Me van a soltar? —pregunté—. ¿Entienden mi idioma?

Ellos empezaron a hablar entre ellos. Su lenguaje me sonaba a chino.

—No, claro, no me entienden —seguí diciendo.

Al quedarme callado, se pusieron a hacer unos gestos muy raros. Se tocaban la boca y me señalaban. Supuse que querían que siguiera hablando.

—¿Queréis que hable? Bueno, os voy a contar algo. Yo —dije tocándome el pecho—, me llamo Sergio. Tengo treinta y cinco años y estoy casado desde hace seis años con una mujer llamada Cristina. No tenemos hijos, ella no puede tener.

Me callé; me sentía como un estúpido.

Los humanoides me indicaron que siguiera hablando.

Resoplé hondamente, y seguí con mi historia.

6

Les conté mi vida como quien se la cuenta a un perro. Sin embargo, después de estar hablando tranquilamente durante bastante rato, me puse muy nervioso. No sé bien qué me ocurrió. Se pasó por mi mente el tener que quedarme eternamente en la nave y me arrodillé a punto de romper a llorar:

—Por favor, soltadme. Devolvedme donde me cogisteis.

Se miraron entre ellos, extrañados, y salieron de la habitación, dejándome solo.

7

Había algo raro. Tenía la sensación de llevar mucho tiempo en la habitación y no tenía ni hambre ni sed. ¿Me habrían inyectado algo?

Andaba trazando círculos en la pequeña sala; no podía quedarme quieto. Tenía la certeza de estar en una nave espacial, pero, ¿se movería la nave? ¿Seguiría estando donde me recogieron?

Tenía en la mente mil cosas. Cristina, mis familiares, mis amigos y todos mis seres queridos venían a ella. Pero, sobre todo, algo se repetía en mi cerebro: ¿Qué harían ahora los extraterrestres conmigo?

Pronto lo iba a saber. Se abrió la puerta y entraron tres humanoides varones y dos hembras. Se plantaron delante de mí, mirándome. Yo estaba asustado, aterrado, aunque mi alocado inconsciente pensaba: “sentaos, como si estuvierais en vuestra casa”.

Pude distinguir de las dos hembras la que había tenido aquel “experimento” conmigo. Ella fue la que me empezó a hablar.

—Grabamos lo que usted nos dijo y hemos podido descifrarlo y aprender su idioma —dijo.

La miré con la boca abierta. Me estaba hablando en cristiano. Sí, en mi idioma, y perfectamente además.

—No nos resultó muy difícil —continuó ella—. Su lenguaje es muy sencillo. Ah, tengo que pedirle disculpas en nombre de todos mis compañeros por haberle traído a la fuerza, pero nos era necesario conocer su especie. Ahora, le devolveremos a su planeta, justo al sitio donde le recogimos.

Yo estaba de piedra.

Me indicaron que les siguiera y salimos de la habitación. Recorrimos un largo pasillo; mi vista fotografiaba todo lo que veía mentalmente. Todas las paredes eran plateadas, sin decoración ninguna. Parecían los decorados de una película de ciencia ficción de bajo presupuesto.